

Poesía, mística y filosofía en San Juan de la Cruz

Mauricio Beuchot

A continuación intentaré exponer algunas presencias de la filosofía medieval en la poesía de San Juan de la Cruz. En dicha poesía se conjuntan los contenidos místicos y filosóficos. Místicos, por su gran experiencia y vivencia espiritual religiosa, y filosóficos, por la excelente formación que recibió en la Universidad de Salamanca sobre filosofía y teología escolásticas.¹ En efecto, en esa universidad, San Juan estudió sùmulas o compendios de lógica, dialéctica o lógica magna, física, ética y teología.² Esa huella filosófica se deja ver en los escritos en prosa, en los que explica con detalle psicológico, filosófico y teológico las experiencias que manifiesta en sus poemas.

En su formación filosófica y teológica se conjuntaban, además, varias influencias. Una de ellas, indiscutible en los que hacían estudios escolásticos, era la de Santo Tomás de Aquino.³ Se sabe que el texto que explicaban sus profesores de sùmulas de lógica era la obra de Domingo de Soto⁴ que, si bien había tenido rasgos nominalistas en su primera edición de 1529, a partir de la segunda edición, de 1539, cuando ya era dominico, tenía una inspiración completamente tomista; esta edición fue la que conoció San Juan. En filosofía natural tuvo entre sus maestros a Enrique Hernández, quien había escrito un libro intitulado *De rerum naturalium primordiis*, Salmanticae: Ioannes Iuntae, 1543, de fuerte tomismo.⁵ En 1566-1567, cuando le tocó a San Juan, Hernández ya estaba jubilado y lo sustituyó Miguel Francés, aunque es de suponer que su texto fuera utilizado. San Juan no terminó la teología, sólo estudió de 1567 a 1568, pero es altamente probable que asistiera a las cátedras de prima, de vísperas y de Santo Tomás. En la de prima habría tenido como profesor al dominico fray Mancio del Corpus Christi, que leía

¹ Acerca de los estudios de San Juan de la Cruz, así como otros aspectos de su biografía, ver F. Ruiz Salvador, *Introducción a San Juan de la Cruz. El hombre, los escritos, el sistema*. Madrid: BAC, 1968.

² Ver L. E. Rodríguez-San Pedro Bezares, *La formación universitaria de Juan de la Cruz*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 1992, quien da numerosos detalles sobre este punto.

³ Ver J. González Arintero, "Influencia de Santo Tomás en la mística de San Juan de la Cruz y Santa Teresa", en el mismo, *La verdadera mística tradicional*, Salamanca: Ed. Fides, 1925, pp. 84 ss.

⁴ Ver L.E. Rodríguez-San Pedro Bezares, *op. cit.*, pp. 30 y 33.

⁵ Ver *ibid.*, p. 60.

la *Suma* de Sto. Tomás, y en la de visperas al agustino fray Juan de Guevara, que también leía al Aquinate, y en la de Santo Tomás a Diego Rodríguez, quien leía por el texto del santo patrono de la cátedra.⁶ Por lo cual, es evidente que recibió una buena formación tomista. Por otro lado, una influencia distinta que se ha comprobado bien en San Juan (al igual que en Santa Teresa y en otros, como el franciscano Fray Juan de los Ángeles) es la que recibió de los místicos alemanes del Rhin, los místicos de la escuela renana, tales como Eckhart, Tauler, Suso y el flamenco Rusbroeck. Se ha visto sobre todo la influencia de Eckhart en los místicos españoles del Siglo de Oro.⁷ Trataremos de extraer algunos elementos de Santo Tomás y de Eckhart que están presentes en la poesía mística de San Juan de la Cruz.

El poema de San Juan que nos servirá para rastrear estas influencias de Santo Tomás de Aquino y de Johannes Eckhart es aquel que se intitula "Toda ciencia trascendiendo". Dice así:

Entréme donde no supe
y quedéme no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

Yo no supe dónde entraba
pero cuando allí me vi,
sin saber dónde me estaba,
grandes cosas entendí:
no diré lo que sentí,
que me quedé no sabiendo
toda ciencia trascendiendo.

De paz y de piedad
era la ciencia perfecta,
en profunda soledad,
entendida vía recta;
era cosa tan secreta
que me quedé balbuciendo
toda ciencia trascendiendo.

.....
El que allí llega de vero
de sí mismo desfallece:
cuanto sabía primero
mucho bajo le parece;
y su ciencia tanto crece
que se queda no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

⁶ Ver *ibid.*, pp. 105-106.

⁷ Ver J. Orcibal, *Saint Jean de la Croix et les mystiques rhéno-flamands*. Paris: Desclée de Brouwer, 1966.

.....

Este saber no sabiendo
es de tan alto poder
que los sabios arguyendo
jamás le pueden vencer;
que no llega su saber
a no entender entendiendo
toda ciencia trascendiendo.

Y es de tan alta excelencia
aqueste sumo saber
que no hay facultad ni ciencia
que le puedan emprender;
quien se supiere vencer
con un no saber sabiendo
irá siempre trascendiendo.

Y si lo queréis oír,
consiste esta suma ciencia
en un subido sentir
de la divinal Esencia;
es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.⁸

El contenido de este poema tiene cierto gusto a teología negativa, a esa "Nube de desconocimiento" que se atribuye a Juliana de Norwich y al no saber qué decían tener de Dios los padres y monjes orientales o griegos. Pero San Juan de la Cruz no se abstiene de hablar de Dios; si bien sabe que Él es Trascendente y que su conocimiento rebasa cualquier ciencia, más aún, que es un entender no entendiendo, con todo, habla de Dios; usa sobre todo la poesía, pero también la prosa, para expresar su experiencia interior de la Trascendencia. No la guarda sólo en su intimidad, sino que intenta comunicarla al exterior, a los demás hombres, que solamente podrán captar de manera muy relativa su mensaje.

Pero se da a la tarea de cincelar sus expresiones para grabar y transmitir con ellas su vivencia. Se coloca en un punto intermedio entre la aspiración de hablar claramente de Dios y la renuncia a pronunciarlo en nuestro lenguaje; San Juan considera que se puede decir algo, muy remoto y alejado, pero algo al fin, con toda su impropiedad e inadecuación, pero siempre algo.

Así, podríamos decir que la relación que guarda la poesía de San Juan de la Cruz no sólo con la teología mística, sino también con la filosofía, es que aspira a un conocimiento que combina lo suprarracional y misterioso con un aspecto de

⁸ S. Juan de la Cruz, "Coplas hechas sobre un éxtasis de alta contemplación", en el mismo, *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, Madrid: BAC, 1955 (3a. ed.), pp. 1311-1312.

la razón misma, del intelecto humano. Parece difícil reconciliar el San Juan de la Cruz escolástico con el San Juan de la Cruz místico y poeta. En efecto, el escolástico es una especie de racionalista, que se nos aparece como un obseso que quiere meter los misterios de la fe en silogismos, mientras que el poeta y el místico respetan el misterio, se inclinan ante él, lo reverencian por trascendente y lo aman porque es la plena felicidad del corazón. Basta leer los poemas en los que lucha por expresar su experiencia religiosa, para comprobar que San Juan de la Cruz fue un gran místico y un magnífico poeta. Menos es que fue también un competente escolástico, en el pleno sentido de la palabra, no en el peyorativo —como discípulo esclavizado y castrado de un escolarca, por ejemplo de Santo Tomás—, sino como un discípulo inteligente y creativo.

32

Una de las cosas que busca el místico es, sin duda, el conocimiento de Dios. Y en él recoge y sintetiza todo el conocimiento que ha adquirido de las creaturas, en ese conocimiento ya no adquirido, sino infuso, esto es, conocimiento de Dios infundido por Él mismo. Pero este contacto con Dios no significa un ontologismo como el de Malebranche, según el cual se conocen las cosas en Dios, sino algo que conjuga el conocimiento negativo de los platónicos y neoplatónicos con el conocimiento analógico de los aristotélicos. En los escolásticos se dio siempre la conjunción de las teorías de San Agustín, de corte platónico, y las de Santo Tomás, en la línea peripatética. Si solamente se sostenía el conocimiento negativo, la teología negativa o *anafatiké*, era bien poco, si no es que nada en realidad, lo que se podía conocer de Dios. Como decía San Juan Damasceno, uno de los campeones de esta teología negativa: “Conviene que cada una de las cosas que se dicen de Dios no signifique lo que es según su substancia, sino que muestren lo que no es, o cierta relación, o algo de las cosas que se siguen de su naturaleza u operación”.⁹ Si de las cosas puede decirse que son, de Dios tendríamos que decir que no es, tan alejado lo veía de los seres creados. Era la teología que resaltaba la otredad intangible de Dios, su misterio numinoso y alejado. Este respeto por la trascendencia de Dios, por su carácter de Santo y de totalmente otro, les hacía llegar (a estos teólogos negativos) a decir fórmulas arriesgadas y peligrosas de caer en una suerte de agnosticismo con respecto a Dios, rayando en el ateísmo. Agnosticismo en el que sólo podríamos saber que Dios existe, pero nada podríamos conocer de lo que es, de su esencia, porque algunos (como el filósofo musulmán Avicena) llegaban a decir que Dios no tiene esencia, sólo existencia.

Fórmulas de esta manera peligrosas externó el maestro Eckhart, quien dio en decir que Dios era, y las creaturas no; que ellas no eran, pues por comparación con el Absoluto venían a quedar en nada, eran un *purum nihil*. Sin embargo, supo conjuntar esta vertiente de teología negativa, que le venía de su honda vena neoplatónica, recibida a través de San Alberto Magno, quien fuera además el maestro de Santo Tomás de Aquino, pero también el de Teodorico de Friburgo y de Ulrico de Estrasburgo, a quien probablemente conoció Eckhart.¹⁰ Nos importa aquí Eckhart porque, como hemos dicho, esta corriente mística del Rhin, alemana,

⁹ S. J. Damasceno, *De fide orthodoxa*. I, I, c. 9; M.G. 94, col. 833.

¹⁰ Ver M. Beuchot, *Vida y doctrina del Maestro Eckhart*. México: Cuadernos Dominicanos, ensayos, 6, 1982.

influyó mucho en San Juan de la Cruz y en Santa Teresa de Jesús. Eckhart, que fue el escolarca de la mística renana, perteneció a la escuela albertiniana de Colonia (lugar en el que antes Santo Tomás de Aquino había sido, él también, alumno de San Alberto Magno).¹¹ Y Eckhart pudo haber conocido, en ese círculo, la doctrina del Aquinate sobre el conocimiento de Dios por analogía.

De acuerdo con esta doctrina, el conocimiento de Dios es analógico, y la analogía se coloca entre la equivocidad y la univocidad. La equivocidad en el lenguaje y en el conocimiento de Dios implicaría que las cosas creadas no nos sirven para conocer a Dios, que nada de lo que digamos de ellas vale para Dios, por ejemplo, el adjetivo “bueno”, que decimos de alguien, no tendría ninguna aplicación a Dios, no conoceríamos su bondad así. Ella estaría infinitamente alejada de nuestro alcance. Pero eso también implicaría que nada podemos conocer de Dios y que tampoco podemos hablar de Él. Esta teología completamente negativa desembocaría a la postre en el agnosticismo o escepticismo respecto a Dios. Por su parte, el univocismo significa que lo que se diga de las creaturas vale exactamente igual para Dios, se aplica de modo igual a Él; por tanto, al conocer las creaturas conoceríamos a Dios, al estudiar sus propiedades aprenderíamos las que Dios tiene; al usar un predicado respecto de ellas, también lo podemos usar respecto de Dios, sin distinción alguna. Esto suena muy atractivo y halagüeño, pero tiene el peligro contrario a la equivocidad, a saber, nos hace caer en el panteísmo o en algo semejante. El conocimiento de las creaturas no se distingue del de Dios.

Según hemos visto, San Juan de la Cruz, al hablar de Dios en su poesía, no incurre ni en el equivocismo de una teología negativa casi agnóstica ni en el univocismo cercano al panteísmo. Sigue a Santo Tomás, quien trató de evitar tanto la equivocidad como la univocidad en el conocimiento y el lenguaje sobre Dios. Se sitúa en la analogía o analogicidad, que es casi intermedia entre la equivocidad y la univocidad. Y decimos “casi intermedia” porque no es exactamente el medio geométrico entre las otras. En efecto, en la analogía hay algo semejante y algo diverso, pero predomina la diversidad. Está inexorablemente más cerca de la equivocidad que de la univocidad, encierra de forma inevitable cierta ambigüedad y cierta inadecuación. Según algún respecto ve dos cosas como semejantes, pero de suyo o más propiamente como diversas. Así, las creaturas nos ayudan a conocer a Dios, son camino hacia Él, pues sus atributos, al menos algunos de ellos, los más perfectos, puros y espirituales, se aplican a Dios, sólo que se dicen de Él de manera puramente semejante; no obstante esa semejanza, se le aplican siempre de manera preponderantemente diversa. Predomina la diversidad, así no hay peligro de confundir al Creador con la creatura.

De esta manera, Santo Tomás —y en ello influirá sobre San Juan de la Cruz—, respetando las cautelas que imponían respecto de Dios los teólogos negativos, que subrayaban la trascendencia de Dios, lo relaciona en algún sentido con la inmanencia, de modo que, al basarse en el conocimiento de las cosas se llegue al cono-

¹¹ Ver el mismo, *El espíritu y la obra de San Alberto Magno*. México: Cuadernos Dominicanos, ensayos, 3, 1978.

cimiento de Dios. Las cosas son lo único que tenemos en primera instancia y, aun ayudados por la gracia de Dios, se ha de comenzar por ellas ese ascenso hacia las cumbres de la trascendencia. Se comienza por las creaturas, pero ellas siempre dirán lo que asegura San Agustín, en sus *Confesiones*, que las creaturas todas le decían: “Más allá, sigue más allá de nosotras, y llegarás hasta Dios”.

San Juan de la Cruz se sitúa en esta perspectiva trazada por Santo Tomás y Eckhart. Al igual que San Agustín es remitido por las creaturas al Creador, y San Buenaventura ve en ellas los vestigios o huellas de la Trinidad, y Santo Tomás las considera vías para llegar al Trascendente, San Juan de la Cruz asciende por ese camino, pero llega a lo más hondo, a lo íntimo del alma el *intimior intimo meo*, que señalaba San Agustín, a la *sindéresis*, como la llamaba San Buenaventura, y a ese hondón del alma, o *scintilla animae* (chispa del alma), que tanto gustaba a Eckhart. En esa intimidad profunda de su hermosa alma, en ese rincón escondido y grandioso, fue donde San Juan de la Cruz pudo exclamar:

¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre
aunque es de noche!
Aquella eterna fonte está escondida,
¡qué bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche!
En esta noche oscura desta vida
qué bien sé yo la fonte,
aunque es de noche.¹²

¹² S. J. de la Cruz, *op. cit.*, p. 1316.